

El arte de ir a pie

Luz Gabriela Gómez Restrepo

Cronista de viajes

“Es posible que caminar sea mitológicamente el gesto más trivial y por lo tanto el más humano”.

Roland Barthes

Peregrinos, callejeros, filósofos, caminantes, viajeros, poetas, peatones, vyeristas, románticos, andariegos, desocupados, ociosos, vagabundos, habitantes de calle, errantes, paseantes, todos juntos o revueltos por los mismos trayectos de ciudad o de campo en busca de propósitos distintos, pero bien hermanados en el arte de ir a pie.

Salir a andar es una manera de cambiar de existencia por un rato para dedicarnos a observar el afuera y el adentro, como una especie de disección de las realidades íntima, privada y pública para contemplarlas, analizarlas e interpretarlas. Por eso caminar puede llegar a ser un verdadero proyecto antropológico donde buscamos descifrar los cómo, los porqués y sus juegos de relaciones para emitir juicios, conceptos y tomar decisiones significativas. Es un mirar dentro y hondo mientras se disfruta el afuera. No es raro decir entonces que crecemos en comprensión y entendimiento mientras nos desplazamos paso a paso en un mundo donde esa práctica es vista como sospechosa y como muy peligrosamente ociosa.

Los recuerdos, deseos, culpas, sueños, tareas, preocupaciones, proyectos van apareciendo en la mente espontáneamente como un chorro desordenado, que va cogiendo fondo y forma a medida que hacemos rutinario el desplazamiento corporal sin ningún tipo de aparato impuesto por la molesta y productiva prisa del mundo moderno. La conciencia parece alterarse a distintas tonalidades, de acuerdo con el trayecto, el tiempo disponible y el estado emocional, siempre adecuándose al ritmo de nuestros pies y nuestra energía vital. Lo insignificante y lo esencial de conversaciones, recuerdos e impresiones entran y salen con plena libertad. La claridad y la verdad van saliendo a flote a medida que nuestros pies se cansan como si fueran ellos los que reflexionaran.

“Cada individuo tiene su ritmo para caminar, para trabajar y para amar...por el ritmo podrían clasificarse los hombre” dice Fernando González. Hay cierto goce un tanto erótico y tántrico en la práctica anarquista del lento deambular sin meta ni objetivo en ciudades como la nuestra donde el desespero y la rapidez son sinónimos de viveza, riqueza, progreso y desarrollo. Y agrega el mago de Otraparte que al caminar se van abriendo miradores y salidas al mundo, para que el yo no se quede prisionero en casa encerrada.

En la París de Walter Benjamin se le conocía como el *flaneur*, el paseante distraído, ensimismado, que adquiere la dimensión de observador y estrategia para el conocimiento científico de su época. Es el mismo *sautering* de los ingleses, donde el deambular ocioso se dignifica y transforma en herramienta metodológica para hacer más digna y reflexiva la existencia.

Caminar no es un deporte

La mente al igual que el cuerpo queda abandonada a la cruda realidad, a la absoluta y más profunda simpleza. Cada uno solo contra la desnudez del mundo, sin tapujos, sin distractores, sin ocultamientos, sin rodeos. Echarse a andar, sea en el barrio un día cualquiera para tomar el aire, o bien lejos de casa para ver por primerísima vez un lugar soñado o un trayecto muchas veces imaginado, es como soltar amaras y liberarse de todos los estorbos para hacer pequeñas o largas itinerancias espirituales. El psiquiatra francés Frédéric Gross nos advierte con vehemencia que caminar no es un deporte para empezarnos a adoctrinar en el entendimiento del andar como una auténtica filosofía. Las penas y molestias parecen congelarse en el tiempo mientras estamos moviendo los pies y es por eso que sentimos renacer. Tendría que existir un verbo que juntara dos acciones humanas: caminar y pensar, porque unidas se convierten en el más contundente acto creativo. No solo le pasó a nuestro cercano y amado Fernando González, le ocurre también a los simples mortales como cualquiera de nosotros. *“El hombre no tiene sino sus dos pies, su corazón y un camino que no conduce a ninguna parte”* dice Gonzalo Arango en el prólogo de Viaje a pie.

Caminamos para ver, tocar, oler, oír, saborear, sentir, pero fundamentalmente, insisto, para pensar, por eso embriaga, como diría Baudelaire. Gastar zapatos tiene todo que ver con buscar claridades que mitiguen nuestras nostalgias, deseos, desilusiones, y contradicciones. La lucidez en ambientes inciertos y variables se ve posible. Andar sirve para soltar la lengua al igual que lo hace un buen vino

o la compañía indicada, porque permiten ese raro don de volver sobre nosotros mismos todas las veces que sea necesario. Es un método ideal para reconocernos en el mundo, ayuda a vencer al cínico que todos llevamos dentro y que a ratos se apropia de todos nuestros espacios, sobre todo los simbólicos.

“Caminar es una apertura al mundo. Restituye en el hombre el feliz sentimiento de su existencia. Lo sumerge en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena. A veces, uno vuelve de la caminata transformado, más inclinado a disfrutar del tiempo que a someterse a la urgencia que prevalece en nuestras existencias contemporáneas. Recurrir al bosque, a las rutas o a los senderos, no nos exime de nuestra responsabilidad, cada vez mayor, con los desórdenes del mundo, pero nos permite recobrar el aliento, agudizar los sentidos, renovar la curiosidad. Caminar es a menudo un rodeo para reencontrarse con uno mismo”

Elogio del caminar. David Le Breton.

Definitivamente los pies piensan y nos van llevando a espacios y situaciones prospectivas, que iluminan nuestra mirada y la recrean. Son, los pies, una especie de tercer ojo de las culturas y religiones orientales, pura sabiduría intuitiva. Llegan a ser tan protagonistas en el acto del razonamiento que hay quienes como yo piensan mejor sin zapatos, y todo porque andar a pie limpio es un gran disfrute que inspira y otorga libertad y comodidad. A lo mejor en la planta de nuestros pies también existe una especie de red neuronal que se activa con el movimiento, sacando lo mejor de nosotros y pasa como con la risa, que es remedio infalible para todo tipo de males. ¿De otra manera como se entendería que toquemos el cielo mientras recibimos un buen masaje de pies? Un buen viajero estará siempre preparado para sus caminatas de descubrimiento y repaso, sean placenteras o agobiantes y también estará preparado para abandonar con facilidad los zapatos cuando lo sagrado de los lugares se lo imponga o para que el mugre no entre en los espacios íntimos. Nos interrogamos incesantemente mientras hacemos recorridos a pie, realizamos asociaciones en plena libertad donde la fantasía aporta color y posibilidades. Caminar es pura y legítima transgresión a lo normativo, a lo obvio, a lo esperado.

La espiritualidad de los pies

Con algo de descaro pudiéramos afirmar que las maneras de andar pueden perfectamente equipararse con distintos estilos filosóficos y por eso hay particularidades distinguibles entre la

Escuela Peripatética de Aristóteles, la Dialógica de Platón, o el Método Socrático. Kant planificaba en detalle sus paseos, manteniendo así el rigor y disciplina de su pensamiento, mientras Nietzsche lo hacía de manera absolutamente dispersa. Todos ellos fueron paseadores compulsivos que elogiaron y practicaron el caminar para mejorar sus razonamientos. Como quien dice, dime como andas y te diré como piensas. Francisco Navamuel nos recuerda que al caminar sin la más mínima intención de consumir o producir, todos los sentidos y la mente se despiertan de una forma completamente inusual y yo agregaría que es esa potencialidad de los pies libres lo que hace a la práctica de andar un tanto subversiva.

Lo que se vuelve realmente valioso es que el andar es monótono y automático y de esa manera parecería que al cerebro le queda más fácil entrar en estados de cierta alteración de la conciencia, ensimismamiento o meditación profunda. Andar a pie es una auténtica experiencia del cuidado de uno mismo que apacigua y calma porque se hace sin mucha preocupación por los resultados, y es necesario descubrir ese placer que se confunde torpemente con perder el tiempo porque hay aparentemente poca novedad y excitación. Caminamos para encontrar otras posibilidades, para mantener el foco en el necesario descubrimiento y reinención personal. Ayuda a mantener cierta distancia crítica y es por eso que posibilita el negarnos a lo obvio y seguro y mantenernos en la sospecha de la propia mirada, en el pensar distinto, en la necesaria desobediencia como ejercicio de autonomía y libertad. La cultura de la rapidez del automóvil, el celular y el computador nos inmoviliza, aletarga y acomoda, mientras el andar a pie cada que sea posible sirve hasta para mantener un buen estado de salud, aunque sea en lo último que pensemos cuando decidimos tirarnos a la calle sin pensarlo mucho; repitiendo con F. Gross otra vez, caminar no es un deporte. No saben de lo que se pierden aquellos que siguen mirando la delicia del caminar como algo indigno, ocioso, ineficiente, poco práctico, molesto, pasado de moda y peligroso. En palabras de Deleuze se trata de ir lejos de lo estático, huir de todo lo que huelga a quietud. Lo llama "espacio háptico" y por eso promueve la construcción de espacios ciudadanos para incitar el caminar. Agrega Deleuze que el movimiento produce en el pensamiento unas "líneas hechizadas", para entender que casi todo en la vida es cambio incesante e incierto, que produce a su vez nuevas manifestaciones de vida. El monocromático de nuestra visión del mundo se torna policromía y el lente normal de nuestra mirada se transforma en teleobjetivo o gran angular, caminemos solos o acompañados. *"Uno debería ser como una flauta en la que toque cualquier viento"* (Stevenson).

Caminar nos adoctrina en la desobediencia

Andar a pie es una manera clara y contundente de apropiarnos del territorio para pasar luego a la necesaria ciudadanía activa, para que todos cuidemos lo de todos. Esa tarea lenta se logra con más facilidad bajándonos del carro y poniendo ojos por todas partes en lugar de fuerza policíaca. Visto así el andar puede convertirse también en auténtica actividad política y atractiva práctica estética que se agregan al arte del bien pensar que venimos hablando. Lo anterior es posible porque mientras caminamos nos permitimos la especulación y por eso nos acerca a distintas maneras de construcción simbólica *“Ese andar que por estar inmerso en la cotidianidad nos deja entrever el lenguaje del intersticio, de lo no visto, de lo inesperado y sensible que nos toca y transforma”* (Andar, movilidad sostenible. Osorio & Rojas, Universidad de los Andes).

Con razón el gran Thoreau la practicaba para mejorar su capacidad de desobediencia, de resistencia, porque nos hace contestatarios, nos acerca a la no-violencia. En el caminar despreocupado encontramos que se confunden los límites reales entre las nuevas ideas y los recuerdos, permitiendo el surgimiento de novedosas y atrevidas conexiones neuronales, logrando un efecto positivo en los procesos cognitivos básicos: memoria, atención, concentración, sensación y percepción. Si nos quedamos muy quietos mucho tiempo se debilitan el intelecto y las piernas.

Y para recordar que el caminar modesto y sin pretensiones no solo nos cambia y mejora de alguna manera a quienes lo tenemos como rutina diaria imprescindible, sino también a las naciones; baste recordar una de la más famosa caminadas de la historia, la marcha de la sal que emprende Gandhi el 12 de marzo de 1930. Sale de su ashram hinduista y la meta es caminar hacia el mar que se encuentra a 350 kilómetros. Es un gesto de no-violencia para manifestar la no cooperación con el impuesto a la sal por parte del imperio británico. Tres semanas dura la marcha, dando como resultado el encarcelamiento de 60 mil personas, incluyendo al propio Gandhi. Dicha marcha se presenta hoy como uno de los principales antecedentes de la independencia de la India y además logró la abolición del monopolio estatal sobre la sal. La otra experiencia potente fue la Cadena Báltica del 23 de agosto del 89. Unas 2 millones de personas de pie, se cogen de las manos para protestar contra la dominación soviética, se trata de Estonia, Lituania y Letonia. Logran la independencia por la presión internacional alrededor de la cadena humana. En Antioquia la marcha más representativa fue la de Caicedo para frenar el acoso de los actores armados en 2002. El secuestro y posterior asesinato del gobernador Guillermo Gaviria y de su asesor de paz Gilberto

Echeverri fueron el doloroso precio. Desde entonces y hasta hoy se hace la marcha cada año y Antioquia es reconocida por sus avances y practicas concretas alrededor de la filosofía de la no-violencia. La Fundación Gandhi es protagonista de honor en dicho empeño, contando a la fecha con cerca de 300 jóvenes universitarios becados y formados en el liderazgo de la no-violencia.

Caminar se entiende en nuestro entorno como un oficio de paz y sigue vivo como ejercicio de no cooperación con el maltrato, la inequidad y la opresión. Jóvenes y mujeres de nuestra ciudad se vienen comprometiendo con distintas causas alrededor del valor de la vida y se manifiestan públicamente en marchas de resistencia.

El espectro de intereses y motivaciones alrededor del andar es tan amplio que se mueve desde la sencilla y hermosa melancolía individual por una tusa hasta la potente movilización de la rebeldía cívica. Entre esos dos extremos cabe el universo entero para poder afirmar que la rutina de caminar se asemeja bastante a un método filosófico. Capítulo aparte merecerían las magníficas exploraciones y aventuras emprendidas en siglos pasados para actos de descubrimiento y colonización como por ejemplo la mítica caminata selvática del londinense John Speke para encontrar la fuente de los ríos Tanganika y Nilo en el África tenebrosa.

Existen también rutas maravillosas en todo el mundo repletas de historia y auténticas metáforas para incitarnos a repensar la compleja condición humana. Las hay para todos los gustos, necesidades y expectativas desde el Camino de Santiago, hasta el Camino de Inca en Perú, siguiendo con las Montañas Azules de Australia, la Patagonia Argentina, el Gran Cañón en Estados Unidos o el Parque Nacional Manuel Antonio en Costa Rica. En nuestra Santa Marta está uno de los destinos más apetecidos por el turismo internacional, y al que se llega caminando, el Parque Natural Tayrona y Pueblito. En Medellín existe un espacio de ensueño para caminar y pensar, es el Parque Arví en el oriente antioqueño al que se puede acceder muy fácilmente gracias al Metro Cable.

Camino, luego existo

Ojalá pudiéramos caminar descalzos para mantenernos bien anclados a la tierra, más despiertos y atentos, con plena conciencia. Estoy segura de que de esa manera avanzaríamos despacio y con más cuidado y pleno disfrute de los detalles, por el riesgo inminente debido a la desnudez de los pies. Fue precisamente ese ponerse de pie y echarse a andar de nuestros ancestros primitivos lo que hizo

posible el habitar de nuestro mundo Dicen los que saben que cuando liberamos las manos y la cara al ponernos de pie hace aproximadamente 4.4 millones de años se dio uno de los más portentosos saltos evolutivos, porque permitió el desarrollo del cerebro humano y lo distanció definitivamente de sus hermanos homínidos; por eso algún antropólogo afirma que con los pies se da inicio a la especie humana. Como quien dice, empezamos por los pies y esa reivindicación es la que nos merecemos hoy

Andar, ser un ciudadano de a pie, caminar, “callejear”, “patojear”, echar infantería, poner pies en polvorosa, gastar zapatos, quemar asfalto..., llamémoslo como queramos, pero hagámoslo para volvernos adictos y como ñapa recibir luz de todas partes. *“La vida no es un sueño, es un viaje: un viaje a pie. Y para viajar hay que estar despierto, ¿no?”* Fernando González

Y si uno está de buenas y es asiduo caminante va a tener otra posibilidad mágica que va a querer repetir muchas veces, tenga 3, 17, ,70 o más años. Es una especie de *deja vú* para la gran mayoría de nosotros. Me refiero al instante sublime en que se larga un torrencial aguacero y no tenemos la más mínima posibilidad de un alero en el camino para resguardarnos. Solo queda relajarse y gozar, bailar si se quiere, morirse de la risa y brincar fuerte sobre los charcos grandes. En tardes muy lluviosas, saliendo del colegio La Presentación de Envigado cuando yo tenía escasos 10 años, nada era más fascinante que irme a mi casa debajo de los techos por donde caían los chorros maravillosos y llegar plena de dicha con los zapatos sonando delicioso por el exceso de agua. No quiero mencionar aquí que pasaba con mis cuadernos y como afectaba ese descuido mis notas de higiene y orden. Era una niña feliz y descaradamente libre, condición que creo mantener.

“Aquel cuyo espíritu está en reposo posee todas las riquezas. ¿Acaso no es igual que aquel cuyo pie está encerrado en un zapato y camina como si toda la superficie de la tierra estuviera recubierta de cuero?”

Henry David Thoreau

Es casi ingenuo y además esperanzador que precisamente cuando parece obsoleto y tiende a desaparecer todo lo que no sea mecanizado y electrónico, algunos pretendamos aventurarnos al mundo con nada encima distinto de nuestra propia, frágil y limitada corporalidad. El caminar nos iguala irremediablemente y ya no es importante a que estrato pertenecemos. Se diluyen las diferencias ideológicas y materiales entre caminantes de toda especie y condición como premonición de un soñado mundo igualitario porque la única exigencia es entusiasmo y decisión y

por eso el caminar nos restituye en el goce de lo simple y lo sencillo. Dice el adagio popular que al que camina no se le paran las moscas encima ni le estorba a nadie.

Estamos convencidos de que hacemos viajes hasta que nos damos cuenta de lo que pasa realmente: somos hechos y vueltos a hacer por los viajes, de manera muy especial por nuestro kilometraje como caminantes, para recrear las palabras de David Le Bretón en *El elogio de caminar*:

“Tantas rutas, tantos caminos, tantos pueblos, ciudades, colinas, bosques, montañas, mares, desiertos, tantos itinerarios por recorrer, sentir, observar, extender nuestra memoria en el goce de estar allí. Los senderos, la tierra, la arena, las orillas del mar, incluso el lodo o las rocas, están todos hechos a la medida del cuerpo, y de la conmoción de existir”.

Cada uno de nosotros va construyendo un complejo mapa de sensaciones y emociones a partir de rutas, caminos y caminantes, sin bitácoras muy planificadas, sino más bien intuitivas. La gama de grises es amplia porque mientras hay recorridos repetidos muchas veces porque nos ata a ellos una inminente relación afectiva, se dan otros espacios que evitamos por ignorancia o miedo a lo desconocido, que esperan por nosotros para ser descubiertos y disfrutados. Pasa con los espacios, lo mismo que con las personas, porque en nuestra relación con ellos juega también una peligrosa religiosidad y adoración o un absoluto y descarado prejuicio.

El caminante va a tener una propensión natural a la escritura porque el asombro y la interrogación permanente que surgen del desequilibrio asalta a cada vuelta de esquina citadina o paraje solitario y necesitamos hacer permanentes esos estados pasajeros por medio del relato. Es un jugar incesante a descentrarse, a salirse de los propios zapatos a ponerse en suspenso. *“No escribo solo con la mano: / el pie siempre quiere escribir también. / Firme, libre y valiente corre / ya por el campo, ya por el papel”* (Aforismo 42, *Gaya ciencia* de Nietzsche). Es por eso que estar ahí afuera a plena intemperie ayuda a mantener la altura y la dignidad humana gracias a la humildad que impone en reemplazo de la arrogancia de la velocidad

“Se dice, se rumora, afirman en los salones, en las fiestas, alguien o algunos enterados, que Jaime Sabines es un gran poeta. O cuando menos un buen poeta. O un poeta decente, valioso. O simplemente, pero realmente, un poeta.

Le llega la noticia a Jaime y éste se alegra: ¡qué maravilla! ¡Soy un poeta! ¡Soy un poeta importante! ¡Soy un gran poeta!

Convencido, sale a la calle, o llega a la casa, convencido. Pero en la calle nadie, y en la casa menos: nadie se da cuenta de que es un poeta.

¿Por qué no tienen una estrella en la frente, o un resplandor visible, o un rayo que les salga de las orejas?

¡Dios mío!, dice Jaime. Tengo que ser papá o marido, o trabajar en la fábrica como otro cualquiera, o andar, como cualquiera, de peatón.

¡Eso es!, dice Jaime. No soy un poeta: soy un peatón.

Y esta vez se queda echado en la cama con una alegría dulce y tranquila”.

El peatón. Jaime Sabines

Publicado en

Revista Generación, Periódico El Colombiano, 14 de octubre de 2018, pp. 4-7.